

El poder de Heka

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del
Ministerio de Cultura y Deporte.



Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© De las ilustraciones y el texto, María Espejo, 2021
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2021
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
ISBN: 978-84-18708-56-5
Depósito legal: M-27.819-2021
Impreso en Unigraf
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

María Espejo

El poder de Heka

Mitología y magia
en el Antiguo Egipto

Ilustraciones de la autora



Siruela

Las Tres Edades Nos Gusta Saber

Índice

Introducción. El poder de Heka	11
I. El principio de los tiempos	13
Mitos de la creación al gusto de cada pueblo	15
Los nueve de Heliópolis	18
Los ocho de Hermópolis	30
Ptah de Menfis	39
Protagonistas de los mitos	47
Reflejos de los mitos de la creación en la realidad egipcia	85
II. Cuando los dioses gobernaron Egipto	101
El poder de un dios	103
El exterminio de la raza humana	105
Traición en el Valle del Nilo	113
Protagonistas de los mitos	149
Cuando los reyes y las reinas se convierten en dioses	189
III. Los viajes de Ra	219
Las múltiples formas del dios del sol	221
Los secretos del sol	223
Llevar la luz al reino de la muerte	226

Protagonistas del mito	267
La promesa de la vida eterna	283

IV. Apéndices	309
Cronología	310
Índice de divinidades	312
Glosario	315
Bibliografía	317
Agradecimientos	319

A mi tía Luisa Carlota, cuyas narraciones mágicas de cuentos y mitos llenaron mi infancia de ensoñaciones.

A mi primo Darío, junto a quien viví una niñez encantada disfrutando de aquellos cuentos y convirtiéndolos en la atmósfera de nuestros juegos.

A Miguel Navia, primer lector de todas mis historias, con el que comparto mi día a día y que ha visto germinar este libro.

Introducción

El poder de Heka



El Antiguo Egipto ha llegado hasta nosotros rodeado por un velo de magia y misterio. Desde que su pueblo se extinguiera hace más de veinte siglos, sus pirámides, sus templos, sus esfinges, sus dioses de cuerpo humano y cabeza de bestia, no han dejado de encender nuestra imaginación hasta adueñarse de ella y suscitar nos todo tipo de fantasías. Tal vez tuvieron razón al afirmar que si plasmabas

la realidad en un soporte duradero la hacías inmortal, pues todo el arte que dejaron para la posteridad ha arraigado en nuestra conciencia, consiguiendo que seamos incapaces de olvidarlos. También creían que la palabra era poderosa, capaz de convocar la magia, y que, cuando leías un texto, sus líneas cobraban vida y se volvían tan reales como aquello que se podía acariciar con las manos. Ellos llamaban *heka* a esa magia que hacía cobrar vida a las palabras cuando

eran pronunciadas. Esa magia fue anterior a los propios dioses, que se valieron de ella para crear el mundo, introduciéndola en todos los seres vivientes. Así cada árbol, cada animal, cada criatura humana o divina estarían conectados por el mismo poder.

Cada vez que leo una historia y esta se apodera de mi imaginación, cuando me hace vivir en ella, cuando consigue que comparta con sus protagonistas la alegría, la tristeza, el amor o el desamor, no puedo dejar de reflexionar sobre ese poder que los egipcios atribuían a la palabra. En esos momentos, he de rendirme a la evidencia y reconocer que tenían algo de razón: las palabras son poderosas, capaces de arrancar en nosotros a través de quimeras las mismas emociones que provocaría un suceso vivido. Solo deseo haber podido atrapar un poco de *heka* entre las páginas de este libro para que su lectura os lleve a las tierras doradas del Valle del Nilo. Quisiera haber cautivado la esencia de los dioses, haber prendido entre estas páginas lo maravilloso de sus mitos y que os rodeéis de su presencia siempre que viajéis a través de sus ilustraciones y sus palabras.



I

El principio de los tiempos





Mitos de la creación al gusto de cada pueblo

En el Valle del Nilo los sacerdotes eran considerados sabios. Gran parte de su tiempo lo dedicaban al estudio de la naturaleza y a la observación de los astros.

Sin embargo, los sacerdotes no llegaron a las mismas conclusiones en todos los templos y por eso los egipcios tienen pasajes que incluso se contradicen entre sí. No es que fueran incapaces de ponerse de acuerdo; tampoco sus diferencias les hacían enfrentarse unos con otros, como ha ocurrido en muchas culturas. Realmente, llegar a una verdad única no les preocupaba en absoluto.

La forma de pensar que tenía esta civilización dotaba a los religiosos de una amplia libertad. Podían plantear las variantes que quisieran de los mitos, como si fuesen científicos que buscaran resolver un mismo misterio desde diferentes hipótesis. Los egiptólogos llaman a esta forma de acercarse a las historias «ley de aproximaciones múltiples». Cada mito era coherente en sí mismo, pero podían coexistir numerosas versiones de una misma historia, ya fuera porque los hechos transcurrían de manera distinta o porque unas versiones contradecían a otras. Semejante visión de la realidad, que a nosotros nos puede resultar inconcebible, era para ellos de lo

más natural, hasta el punto de que consideraban verdaderos cada uno de sus mitos con sus múltiples versiones.

Quizá el carácter cíclico que le atribuían a la existencia tuviese algo que ver en esta manera de pensar. Para ellos, al igual que las estaciones, todo se repetía una y otra vez, pero los hechos no tenían por qué transcurrir de la misma manera en cada repetición. ¿Acaso nos suceden las mismas cosas cada primavera? ¿Llueve los mismos días y con igual intensidad? ¿Crecen las flores en el mismo lugar, con idéntico orden, tamaño o colocación?

Los mismos dioses habitaban una realidad cíclica, diferente a la humana, que llamaban «Tiempo Primero», en la que los mitos se repetían una y otra vez. Cada noche, el sol se ocultaba para luchar en el reino de los muertos contra las fuerzas del caos, pero la batalla ¿era siempre igual, como si los combatientes estuviesen atrapados en un bucle temporal? Ellos pensaban que no, que cada vez que su-



cedía una historia, aunque el resultado fuera el mismo, los hechos podían transcurrir de forma diferente.

Estas líneas son para prepararos, porque en las próximas páginas vais a toparos con los mitos de la creación de tres ciudades distintas: Heliópolis, Hermópolis Magna y Menfis. En sus templos, los sacerdotes se esforzaron al máximo para acercarse a la verdad; también (dicho sea de paso) para otorgar a su dios local el vibrante título de *demiurgo*, es decir, creador del universo. Para envolvernos del ambiente de la tierra del Nilo, hemos de mantener la mente abierta y no perder la cabeza al comprobar que ni siquiera intentaron ponerse de acuerdo en algo tan importante como la identidad del creador, y que, no solo no se mataron entre ellos para solventar sus diferencias, sino que no tuvieron ningún problema en abrazar a todos los dioses como demiurgos universales.

